

RAÚL PREBISCH, MAESTRO Y GUÍA

JACOBO SCHATAN *

Deseo, en primer lugar, felicitar calurosamente al Colegio Nacional de Economistas de México y a la Facultad de Economía de la UNAM, por haber organizado justificados tributos a la gran figura del Dr. Raúl Prebisch, así como agradecerles por haberme concedido el honor de pronunciar en estos actos algunas palabras de recuerdo del maestro, amigo y guía.

Para quienes tuvimos el privilegio de colaborar con Don Raúl en aquellos años ya lejanos de los 50 y los 60, cuando la CEPAL plasmó lo más vigoroso del pensamiento económico latinoamericano desde la posguerra hasta nuestros días, esta es una ocasión para rememorar la obra del maestro y la de quienes los acompañamos en esa época: Furtado, Noyola, Mayobre, Medina, Botti, Ahumada, Ganz, Quintana, Lara, Vuskovic y tantos otros con quienes hubo oportunidad de compartir tareas y responsabilidades creativas.

Pero este recuerdo del Maestro Prebisch dirigiendo y guiando a un grupo de jóvenes profesionales de distintas disciplinas — con la energía la agudez, el rigor teórico y el buen humor que le caracterizaban

* Economista chileno radicado en México. Funcionario de la FAO y la ONU por muchos años, colaboró estrechamente con el Dr. Prebisch en su calidad de Director de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO. El texto que se incluye en estas páginas constituye una versión combinada de las exposiciones que el Dr. Schatan hiciera en los actos de homenaje a la memoria del Dr. Prebisch: el primero, realizado el día 5 de junio de 1986, bajo los auspicios del Colegio Nacional de Economistas de México, y el segundo, que tuvo lugar el día 2 de agosto del mismo año, ante alumnos y profesores de la Facultad de Economía de la UNAM, dentro del Seminario de Economía Internacional de dicha Facultad.

no tiene un carácter triste, una lamentación de algo que fue y que no se repetirá. Por el contrario, constituye un motivo de estímulo para la acción de los jóvenes de ahora y la de quienes ya no somos tan jóvenes, así como un testimonio de la fuerza visionaria de sus planteamientos.

Antes de entrar en el examen de algunos de los postulados centrales del Dr. Prebisch, permítaseme decir algunas palabras acerca de la personalidad de Don Raúl. A su rigor metodológico, a su claridad de exposición, a la fuerza de sus preguntas —que por cierto no admitían respuestas evasivas o ambiguas— unía un sentido musical en el uso del idioma español y un dominio extraordinario del mismo. Pero así como era exigente con su propia persona, lo era también con sus colaboradores. Al revisar los trabajos que se le presentaban —tarea que realizaba con una acuciosidad poco usual— las marcas que efectuaba en el texto o al margen no se limitaban sólo al contenido sustantivo de los mismos, sino que incluían también comentarios —a veces sarcásticos pero siempre bien intencionados— sobre sus discrepancias con el autor en materia gramatical. Recuerdo que Don Raúl sentía una fobia especial por los gerundios mal empleados, de los que los entonces jóvenes economistas al parecer abusábamos. Debo confesar que me ha tomado un buen tiempo reincorporar esta forma verbal a mi vocabulario, pero con mucha prudencia y acordándome siempre de los consejos de Don Raúl.

Uno de los rasgos distintivos de la abundante construcción teórica del Dr. Prebisch es su continuada validez en el tiempo. Aunque nuestra propia maduración pueda haber significado apartarnos en alguno que otro punto de las líneas centrales del pensamiento Prebischiano —cosa que, por lo demás, a la par de legítima denota un dinamismo que contribuye a ampliar esa base de pensamiento y que el propio Dr. Prebisch recibía con interés sumo— no podemos dejar de reconocer que muchos de los planteamientos hechos hace casi 40 años mantienen hoy día toda su vigencia. Para demostrarlo, quisiera analizar sucintamente sólo dos de los muchos pilares fundamentales de la aportación de Don Raúl: i) *el problema de los términos del intercambio*, y ii) *la integración económica de América Latina*.

Para una mejor auscultación de estos dos grandes temas es pertinente regresar al examen del Estudio Económico Anual de América Latina de 1949, realizado por el Centro de Investigaciones de la CEPAL, que a la sazón dirigía el propio Dr. Prebisch, antes de pasar a ocupar en

1950 el cargo de Secretario Ejecutivo de la Comisión. Vale la pena destacar que ese Estudio Económico ha pasado a ser una obra clásica de la literatura económica latinoamericana y tercermundista, puesto que allí se plasman por primera vez cuestionamientos fundamentales del proceso económico, muy en particular acerca de las relaciones Centro-Periferia, e igualmente sobre las relaciones intrarregionales.

Me ha parecido pertinente transcribir algunos párrafos de ese importante documento, ya que su lectura nos permite apreciar no sólo la lucidez y penetración de los argumentos de Prebisch, sino la frescura de esas ideas, que están hoy día más vigentes que nunca.

La preocupación central de Prebisch en torno al tema de los *Términos del Intercambio*, radicaba en el impacto generalmente negativo que la relación Centro-Periferia tenía sobre la capacidad para importar de las naciones latinoamericanas. Los análisis de las relaciones de intercambio de América Latina con Estados Unidos y Gran Bretaña, durante un buen número de años, mostraban que nuestra región había dejado de recibir cuantiosos volúmenes de productos importados necesarios para el desarrollo, debido a que los precios de las materias primas que exportaba la América Latina se deterioraban constantemente frente a aquellos de las manufacturas que debía necesariamente importar. Pero la simple constatación de estos hechos no era suficiente. Prebisch intenta una explicación profunda del fenómeno y, al respecto, señala:

Dadas las transformaciones dinámicas que se operan constantemente en el ámbito económico mundial, la escasa movilidad de los factores de la producción y el lento desarrollo de las actividades llamadas a absorber el sobrante de la población activa, la periferia tiende a transferir una parte del fruto de su progreso técnico a los centros, mientras éstos retienen el suyo propio... Cuando más se esfuerce la periferia en aumentar su productividad, agrandando así el sobrante de su población activa, tanto mayor será esa transferencia, en igualdad de las demás condiciones el hecho de que en un grupo de actividades aumente la productividad supone que la baja resultante de los precios beneficiará enseguida a las actividades restantes, creando en ellas un margen adicional de ingresos, disponibles para aumentar la demanda o el ahorro. Pero en realidad, al no bajar los precios en los grandes centros conforme aumente en ellos la productividad, y al subir más los

ingresos, la mayor capacidad de demanda y ahorro se desenvuelve solamente en dichos centros. De donde se desprende que los países de la periferia, por un lado, han quedado ajenos a tales ventajas, y por otro lado, se hallan ante el problema de asimilar una técnica industrial avanzada, que requiere un gran desarrollo de la demanda y el ahorro. En resumen, las discrepancias entre los razonamientos teóricos basados en la movilidad absoluta de los factores productivos, y los fenómenos reales de la economía, tiene un significado tan grande para la teoría del desarrollo económico de la América Latina, en especial, y de toda la periferia, en general, que se impone un serio esfuerzo de revisión teórica; el cual, partiendo de premisas más concordantes con la realidad, nos ayude a formular, sobre bases firmes, los lineamientos esenciales de una política de desarrollo económico.

Prebisch se pregunta: “¿cuáles son las fuerzas que permiten a los centros industriales presionar... a la periferia y retener así el fruto del propio progreso técnico y aún adueñarse de una parte del fruto periférico?” Contesta, después de examinar el comportamiento de la oferta y la demanda durante los ciclos económicos, tanto en el centro como en la periferia, y sus disímiles efectos, y señala:

Es un hecho conocido... que en los centros existe una resistencia muy grande a la baja de salarios, a pesar del desempleo, y en algunos sectores a la baja de beneficios. La disminución de la parte del valor de la oferta correspondiente a los centros encuentra así grandes dificultades, y al no ocurrir en la medida necesaria para acercarlo al valor de la demanda, siguen acumulándose existencias sobrantes. Sucede entonces que cuanto más existencias se acumulan, tanto más se restringe la producción y por tanto la demanda de productos primarios, y tanto más se reducen los precios de estos últimos.

En la periferia, precios primarios menores significan evidentemente menores beneficios y presión adversa sobre los salarios, en un medio en el cual las organizaciones de trabajadores, cuando existen, son mucho menos poderosas que en los centros cíclicos.

Lo anterior, que se ha venido repitiendo con mayor o menor intensidad a lo largo de estas cuatro décadas, ha adquirido en el día de hoy

una dimensión todavía mucho más dramática que cuando Prebisch formuló su teoría. Permítaseme expresar algunas reflexiones personales al respecto.

Mientras en épocas pasadas y hasta mediados del decenio último, el problema de los términos del intercambio se presentaba en la forma antes descrita, en cuanto a que teníamos que entregar más bolsas de café o de azúcar, o más toneladas de cobre, de estaño o de zinc, para adquirir los tractores, los tornos industriales o cualquiera otra maquinaria que viniese de los países centrales, hoy día en cambio debemos remitir ese café, ese azúcar, o cobre, o estaño, o zinc, etcétera a *cambio de nada*. Antes siquiera se recibía algo; tal vez un poco menos de equipo, de bienes intermedios o de productos terminados por unidad de materia prima exportada — es decir, había una capacidad para importar disminuida. Pero ahora estamos entregando nuestras materias primas para pagar unas diferencias en los intereses de la deuda externa contraída por latinoamérica, diferencias que se gestaron por fenómenos totalmente ajenos a la región y que no representan servicio o contraparte alguna. Son los términos del intercambio entre los productos latinoamericanos, y los de la periferia en general, y el costo internacional del dinero. Pero si en épocas pasadas la desfavorable relación exportaciones-importaciones significó para América Latina un crecimiento económico menos dinámico del que se hubiera podido alcanzar y la entrega de “parte de los frutos de su progreso técnico”, en la terminología Prebischiana, hoy día podemos hablar lisa y llanamente de *despojo*, de un *tributo forzoso* que nos hacen pagar las naciones e instituciones acreedoras, en nombre de una juridicidad cuestionable que sólo conviene a estos últimos, lo que mantiene a los pueblos de América Latina en un estado de miseria que ya se hace intolerable.

Dentro del muy amplio espectro del pensamiento de Prebisch tenemos que destacar el de la Integración Económica de América Latina. Prebisch estaba convencido de que sólo mediante la unión de las economías nacionales sería posible crear mercados propios de un tamaño adecuado para dar sustentación sólida al proceso de industrialización —en su doble dimensión de sustituidor de importaciones y de eventual exportador de manufacturas— y así lograr un grado de autonomía mucho mayor con respecto a los centros, e igualmente revertir la secular tendencia al deterioro de los términos del intercambio, resultado de una división internacional del trabajo según la cual América Latina

debía limitarse a cumplir su rol de exportadora de materias primas e importadora de productos manufacturados.

Aunque es probable que el Maestro Prebisch se haya ocupado del tema aun antes de su incorporación a la CEPAL, es en el Estudio Económico de 1949 ya citado donde pude encontrar las primeras manifestaciones de su preocupación integracionista. Así, en la página 88 dice:

Se concibe así como un país, que por razones permanentes o transitorias esté en condiciones desfavorables de competencia, se perjudica en su propia producción interna con el aumento de las importaciones provenientes del otro. Es claro que si este último dedicara el mayor poder de compra así obtenido a realizar adquisiciones en el primer país, las exportaciones de éste aumentarían paralelamente a sus importaciones y el inconveniente provocado por el desplazamiento de factores productivos podría verse ampliamente compensado por las ventajas de este intercambio adicional. Sin embargo... no hay nada en el juego espontáneo de las fuerzas económicas que produzca este resultado en forma espontánea... los convenios bilaterales se han propuesto con frecuencia evitar estos resultados. El carácter de estos convenios ha sido más bien transitorio. Pero no han perseguido un fin de más largo alcance como sería estimular el intercambio industrial, asegurando en un país mercado para ciertos productos industriales de otro, a cambio de concesiones recíprocas de equivalente cuantía... Poco es lo que se ha explorado este camino. Mientras tanto, ocurre generalmente que en el proceso de industrialización, cada país está tratando de desarrollar a un lado de la frontera producciones industriales y agrícolas análogas a las desenvueltas en el otro lado, en desmedro de la especialización y de la ampliación de mercados.

Un par de años más tarde habría de establecerse el Mercado Común Centroamericano, compuesto por Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. La primera sesión del Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano, organismo político máximo de esta institución, que en ese entonces era única en el mundo, se celebra en el mes de agosto de 1952. A ella habrían de seguir muchas otras, en las que se habrían de crear las instituciones y mecanismos del Mercado Común — como la Secretaría del Tratado de Integración SIECA, el Banco Centroamericano de Integración, el ICAITI (encargado de pro-

blemas industriales y tecnológicos) y muchos más. Un tiempo más tarde se incorporaba Panamá.

La fuerza de la idea integracionista no podía quedar constreñida a la sola región centroamericana por mucho tiempo. Los tenaces esfuerzos del Dr. Prebisch y sus colaboradores durante el decenio de los 50 da sus frutos y es así como en febrero de 1960 se firma el Tratado de Montevideo, que da origen a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio ALALC, compuesta por 11 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Es decir toda la parte continental de la América Latina ya estaba regida por mecanismos de integración económica. Algunos años más tarde, 1968, se habría de agregar el CARIFTA, mecanismo de integración de un buen número de países del Caribe de habla inglesa, y en 1969 los países andinos miembros de la ALALC firman el Tratado de Cartagena, con el objeto de acelerar los procedimientos de eliminación de barreras comerciales entre estos países, y fortalecer asimismo los procesos de complementación industrial.

Vemos, pues, como, gradualmente, casi todos los países de América Latina se habían ido uniendo a esquemas de integración de un tipo u otro. Pero la tarea no había sido fácil y la empresa integracionista no se encontraba exenta de riesgos. Desde el inicio de las tareas de la ALALC, el Dr. Prebisch había llamado la atención sobre la necesidad de obrar con rapidez, decisión y espíritu latinoamericanista, a fin de que la integración económica alcanzara sus plenos objetivos. Es interesante citar algunos párrafos del discurso que Don Raúl pronunciara ante el 90. período de sesiones de la CEPAL, el 5 de mayo de 1961, es decir un año después de la firma del Tratado de Montevideo:

El lento crecimiento medio de los últimos años y las tensiones sociales cada vez más fuertes están llevando a reconocer la necesidad de revisar la política de desarrollo interno y de cooperación internacional. Está probado que las medidas de orden y saneamiento, por acertadas que sean, no son suficientes para acelerar el ritmo de desarrollo, pues hay obstáculos poderosos que lo están frenando. Estos obstáculos son estructurales. La estructura económica y social ya no se acomoda a las exigencias de una población que aumenta a ritmo extraordinario, ni responde a las ingentes posibilidades de asimilar con celeridad el impresionante caudal de la tecnología contemporánea para satisfacer las aspiraciones

cada vez más insistentes de mejoramiento popular... Hay que obrar consciente y deliberadamente sobre esa estructura. Se requieren medidas de fondo para modificar el régimen de tenencia del suelo, transformar el módulo pretérito de comercio exterior y la estructura productiva interna, corregir grandes desigualdades en la distribución del ingreso, aumentar la acumulación de capital a expensas de las disparidades del consumo, capacitar técnicamente a las masas populares y estimular la movilidad social, e imprimir el máximo de eficacia dinámica a la iniciativa individual.

Hagamos un pequeño paréntesis en esta cita para señalar el extraordinario contraste entre los conceptos del Dr. Prebisch sobre los problemas estructurales de nuestra región latinoamericana, y los que han popularizado últimamente el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y, por supuesto, la Administración Reagan, quienes por cambios estructurales entienden la apertura indiscriminada de los mercados latinoamericanos a la penetración de las mercancías estadounidenses y de los capitales de las empresas transnacionales, la privatización de empresas estatales estratégicas, la eliminación de toda clase de subsidios, la congelación de salarios, etcétera, etcétera. Se trata de concepciones totalmente opuestas: una, profundamente humanística, encaminada a resolver los problemas de las grandes masas de la población latinoamericana; la otra, preocupada exclusivamente de maximizar las ganancias de los grupos dominantes y el control de nuestras naciones y pueblos por los centros hegemónicos del poder internacional.

Sigamos con nuestra cita. Más adelante, al referirse Prebisch a la relación agricultura-industria, desarrollo económico, señala que el esfuerzo de industrialización tiene que ser mucho más vigoroso que en el pasado a fin de que la industria pueda absorber una mayor cantidad de mano de obra desplazada de la agricultura, y con creciente productividad. Pero, indica, es necesario superar el módulo pretérito, decimonónico, del comercio exterior. Para ello, reitera, la industria debe crecer también para afuera, lo cual podría ser sustentado por un creciente mercado regional. Con mucha visión, adelanta críticas a una posible serie interminable de negociaciones para poner en marcha las disposiciones del Tratado de Montevideo (suscrito el año anterior, como dijimos). A este respecto Prebisch señala: "Tengo la preocupación de que si esas decisiones se diluyen en una larga serie de negocia-

ciones, no se pueda lograr el propósito fundamental de desarrollar ampliamente el intercambio industrial y perdamos el impulso hacia el Mercado Común”.

La experiencia de estos 30 años de esfuerzo integracionista no ha sido feliz. Las vicisitudes de los diversos mecanismos son bien conocidas, pero vale la pena recordar algunos problemas. De una parte, la integración centroamericana sufre por conflictos bélicos entre sus miembros; primero la “guerra del fútbol” entre El Salvador y Honduras; más tarde, la agresión estadounidense contra Nicaragua que se traduce en la creciente hostilidad de Costa Rica, El Salvador y Honduras hacia su país vecino. Las instituciones centroamericanas han seguido operando, pero con resultados cada vez más restringidos. Más penoso ha sido tal vez el caso de la ALALC. Las interminables discusiones a que se refería Prebisch, la búsqueda de privilegios y ventajas individuales por encima del beneficio colectivo regional, hicieron que en los 20 años de vida de la ALALC se sucedieran interminablemente estériles acciones que terminaron con el inmovilismo total. Ojalá que la ALADI, organismo sucesor de la ALALC —que acaba de reunirse en Acapulco— tenga más éxito que su antecesora. Inclusive el Pacto Andino, creado justamente para superar las limitaciones de la ALALC, mostró a los pocos años de funcionamiento muchas de las mismas debilidades. El cambio político que se produjo en Chile como consecuencia del golpe militar de septiembre de 1973, significó una postura muy diferente de este país en cuanto al tratamiento de la inversión extranjera, lo cual dio por resultado su salida del Pacto de Cartagena y permitió homogeneizar las posiciones de los demás países. Aun así, no se han podido superar algunas contradicciones fundamentales entre los países más pequeños y de menor desarrollo económico relativo y los países medianos y grandes, cada uno de los cuales presenta una problemática diferente y una visión también diferente acerca de lo que espera del proceso integracionista.

Tuve ocasión de participar personalmente en los trabajos de la ALALC desde sus inicios, en mi calidad de Director de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO. Pude apreciar, a lo largo de muchos años, que no era posible plasmar una correspondencia estricta entre el pensamiento Prebischiano/Cepalino con la actitud de los gobiernos, que sólo aspiraban a obtener ventajas para sí (es decir, para sus grupos dominantes) como ya lo dijimos. La visión corta de los gobernantes y tecnócratas de turno impidió la concreción de un movimiento realmente

latinoamericano, que superara las estrechas barreras nacionales y que permitiera a los países de esta región hacer frente en forma eficaz al adversario principal, a la potencia hegemónica del Norte, Estados Unidos de Norteamérica, que ha podido controlar los destinos de estas naciones gracias al individualismo extremo que las ha caracterizado. Una América Latina unida constituye un interlocutor más difícil de manejar y dominar que un conjunto suelto de naciones en busca de pequeñas ventajas inmediatas, y que no tienen en cuenta los beneficios mucho mayores que lograrán a largo plazo si conquistan su autonomía, individual y regionalmente. Esto se ha hecho mucho más patente todavía frente al problema de la deuda externa. Si las naciones latinoamericanas hubieran alcanzado, en los decenios anteriores, una unidad mayor que la registrada —que fuera poca— hoy estarían en mejores condiciones para hacer valer sus puntos de vista ante el conjunto de países e instituciones acreedoras. Inclusive el endeudamiento externo habría sido menor del que fue si el comercio intralatinoamericano se hubiera desarrollado como fue previsto en un comienzo. Ello hubiera significado la retención por la región de esos 100 o 120 mil millones de dólares que ha tenido que exportar en estos cuatro últimos años. Hubiera significado, también, la negociación conjunta de tasas de interés y condiciones en los préstamos más favorables que los que se pactaron individualmente. Pero todavía es tiempo de corregir estos errores del pasado. La integración que se anuncia entre Brasil y Argentina constituye un acontecimiento promisorio. No dudo que otras naciones habrán de unirse a este esfuerzo. El Grupo de Cartagena, que reúne a las 11 naciones más endeudadas de América Latina, habrá de comenzar a adoptar posiciones más firmes frente a los Planes Baker, Bradley, etcétera, que Estados Unidos está tratando de introducir como brecha en los esfuerzos latinoamericanos por lograr su unificación. En la medida en que ello se logre, habrá una figura en el fondo que estará complaciéndose: será la figura del Dr. Raúl Prebisch, el mayor impulsor de la solidaridad y la unión de los latinoamericanos en este siglo, como Simón Bolívar lo fuera en el siglo pasado.

Quisiera terminar esta breve alocución presentando una propuesta. Los méritos históricos del pensamiento innovador y liberatorio del Dr. Prebisch lo coloca, desde una óptima diferente, entre otros próceres de nuestra independencia. Es por ello que creo que no sería exagerado sugerir en esta ocasión que la imagen del Dr. Raúl Prebisch figurara, junto a Bolívar, San Martín y otros próceres, en los billetes del *Peso*

Latinoamericano que, como símbolo de la unidad e independencia regionales habrá necesariamente de crearse algún día. Estaríamos así honrando de manera permanente la memoria de ese gran luchador por la *Integración Latinoamericana*.

Muchas gracias